

DOS PRECURSORES DE PASTEUR

Por el Doctor *José María Llopis*.

“Los precursores son comparables a las abejas tempranas, que, por abandonar la colmena antes de tiempo, no hallan flores y sucumben por el frío ambiente”.

(Santiago Ramón y Cajal).

Esta conciencia viva de una España que agonizaba, que fué Cajal, hace siempre campaar en cada uno de sus numerosos pensamientos, la aspiración a la verdad, matices de perfección y, en todo instante, belleza; mucha: cual preparación microscópica realizada por cualquiera de sus múltiples técnicas, o dibujo salido de aquellas sus tizas multicolores con las que ilustraba, facilitando su comprensión, cada una de sus lecciones de Histología, en el viejo caserón de San Carlos, de Madrid, de imperecedera memoria para los que hubimos de ser sus alumnos.

Sólo que, en esta su sentencia más arriba reproducida, falta una explicación a todas luces difícil, claro está, de dar: la del por qué existen las tempranas abejas que han de verse obligadas a abandonar prematuramente su colmena, adelantándose por consiguiente al tiempo. Y corriendo el riesgo por lo tanto, de no encontrar en su anticipada salida, el clima propicio que impulse la floración precisa al desarrollo de la idea que, más tarde, un seguidor de ella más afortunado, al encontrar adecuada temperatura y el tiempo óptimo que la recolección exige, cosecha realidades: marcando así un hito en la historia del humano progreso.

Pero en tanto no se halle la explicación oportuna y cierta, lo que no tiene duda es que, los avances en las ciencias todas, sin

excepción, se hace sin saltos; de tal manera que, bien podría afirmarse que toda invención se basa en hechos anteriores. Como también en observaciones realizadas con siglos de anticipo; y si por azar, este es el que interviene —como puede suceder y no es infrecuente ocurra— él no hace muchas veces, sino poner de manifiesto, al despertar la atención casual sobre algo, un olvido de aquellos hombres que, habiendo pasado cerca, sobre, o dentro de la necesaria observación, al no captarla dejaron resbalar la idea, que al experimento posterior hubierales de haber conducido. Y con él, al descubrimiento.

Sin embargo también sucede, ser la carencia de los materiales a propósito, la causa de no alcanzar la meta; ya que sin ellos, el más cuidadoso observador, el experimentador más prevenido y previsor, no puede construir lo que en su cerebro hubiese ya plasmado y bien cristalizado.

Y así, no podían faltar a Pasteur y a la amplia gama de su obra genial, los precursores; unos vecinos en el tiempo; otros lejanos: hasta con siglos de distancia. Cual aquellos por ejemplo, que remontan nada menos que al siglo X, bajo el reinado del emperador Tchín Song, y en el que los chinos, no solo conocían ya y dominaban, la acupuntura —una reflexoterapia en fin, aprovechable— y los estudios delicados precisos y preciosos sobre el pulso; sino también la opoterapia y la fototerapia, al lado de la práctica de la variolización —de la que existen más que indicios de haber tenido allá su cuna— y una ya positiva y verdadera vacunación antivariólica, hoy para ellos milenaria.

Vacuna que lograban tener siempre dispuesta, por medio de virus seleccionados y atenuados por desecación, y un envejecimiento moderado y relativo; razón por la cual bien puede llamarseles precursores; y no tan sólo del glorioso Jenner, sino asimismo de la moderna escuela pasteuriana.

Y más cercanos, pero todavía por los alrededores del siglo XVII, están los trabajos y las ideas de Paullini: aquellos a los que Raspail hubo de referirse en su Introducción histórica de su conocida "Historia Natural de La Salud y La Enfermedad", cuando resumiendo los conceptos que aquel expone en su rara e interesante monografía titulada, "Cynographia curiosa, seu canis



Pasteur

descriptis", publicada en Nuremberg en el año 1685, señala el origen vermicular de las enfermedades; libro que, aparte sus disquisiciones filosóficas y su erudición enorme, tiene entre sus capítulos uno que ya en su enunciado todo lo dice: *Vermibus ubique in microscosmo*.

Tal capítulo está lleno de sugerencias y de múltiples atinadas observaciones, bellas y originales; y en él da también vida a su verdadera creación de una Patología Animada, por cuyos cauces habrían de discurrir más tarde, entre otros varios, Hauptmann y Hahnemann, para continuar construyendo los caminos que a Pasteur habrían de conducir, siguiendo de este modo la clásica concepción evolutiva sin saltos ni espacios libres.

Tiempo después, Tissot nos habla de la misma persona, y de sus pensamientos, en su obra plena asimismo de originalidad que designó con el atrayente título de "El arte de hacer varones o nuevo cuadro del amor conyugal". En él, en su octava edición que vio la luz en Londres el año 1785, cita pasajes de una disertación de Paullini, publicada en 1703, en la que este pretende que todo está lleno de gusanos imperceptibles a la vista, y de huevos de gusanos que, unos y otros, generan la mayoría de las fiebres malignas y las contagiosas.

Poco más o menos, igual que algo más tarde, y hoy en día con más firmeza, se habló y se habla de los microbios, de los bacilos, de los esporos. . .

¿Pero es qué acaso no deja de asomar, cuando no más, la teoría pasteuriana en ideas tales?

Y llegados al siglo XIX, si con Beaupterthuy, en Cumaná la primogénita ciudad del Continente, platicamos; o mejor silenciosa y reverentemente le sabemos escuchar ¿No es todo claridad cuando dice: "La causa no es un agente miasmático ideal, insensible a nuestros medios de investigación: trátase de agentes imperceptibles al ojo, es cierto, pero visibles al examen microscópico, que se producen y pululan en todos las localidades donde los cuidados de limpieza no pueden ser observados rigurosamente"?

Y sigue siendo claro en sus concepciones todas: en las que crea, en las que expande, en las que piensa y medita; hasta lo

es en aquellas definiciones que nos da sin querer definir quizás. Porque precisar la especificidad es esto: "Cada enfermedad tiene su agente específico denominado virus". Y determinar una clase de inmunidad esto otro: "Algunas afecciones virulentas no atacan los sujetos sino una vez y, parecen imprimir a la economía una modificación que hace imposible un nuevo ataque".

Y si claridad hay en Beaupterthuy, no deja también de haber modestia en todos sus escritos; no la falsa, que busca provocar a modo de estímulo, el reflejo consiguiente, o la respuesta grata y halagadora para la vanidad, que venga a poner el valor en relieve; ved si no: "No tengo doctrina que combatir o que edificar. El camino que me he trazado es fijar ciertos jalones en un terreno aun desconocido, en el que otros, más felices que yo y situados en condiciones más ventajosas, podrán elevar impercedero monumento".

Bella muestra de modestia, que lo es en verdad; pero idea a la vez que le marca con un nuevo sello de precursor: de el propio pensamiento de Cajal que nosotros hemos tomado como lema de nuestro trabajo, y que lo encabeza.

Más no queremos hacer interminable la exposición de nombres de precursores, que lo serían ciertamente; ni queremos abundar en citaciones de conceptos e ideas que más o menos pudieran relacionarse con algunos de los muchos descubrimientos de Pasteur, que hubieron de ser asombro de su tiempo y han de seguir siendolo de los venideros; así como también comienzo de nuevos derroteros que las ciencias médicas habían de iniciar con tan sólidas bases. Pero como nuestro objeto no es tratar de minimizar en un ápice su labor meritoria, descomunal y casi única, vamos a hablar pues, de dos de estos precursores del sabio francés que, por el hecho de haber nacido en su propio país, destruya hasta el límite, el menor mal pensar que pudiese existir en tal sentido; y habiendo sido por añadidura, ya señalados por sus mismos compatriotas y, como tales precursores reconocidos.

Fué uno de ellos, el Doctor Jean Hameau, nacido en el año 1779 en Teste de Buch-Gironde, en el golfo de Gascuña junto a las landas infinitas, y en plena selva de marítimos pinos, donde más tarde había también de vivir y laborar en los trabajos que habían de merecerle la obtención del calificativo de precursor.

Su vida fué ejemplar, y su recuerdo quedó para siempre entre sus coterráneos beneficiados por su ciencia; pero asimismo y por encima de aquella, de su afección. Desde su adolescencia, aprendió junto al Doctor Ychouz, venerable y probo médico que a todo esto añadía su experiencia larga de una profesión idealmente hermosa, y un saber nada corriente para la época. Saber y experiencia a los que el joven Hameau supo incorporar pronto nuevos caudales de universales conocimientos, al recibir lecciones de latín del cura parroquial, convirtiéndole en humanista: de los pocos que ya podían contarse por sobre la faz del mundo. De tal manera que, su interés y devoción por el prójimo enfermo, tomaron cuerpo haciendo del humanista, el más humano y comprensivo filántropo de los profesionales, por todos aquellos contornos bellos.

No contento sin embargo, ni satisfecho aun con esto, va a París donde reside dos años; y sin pasar exámenes, se inscribe en su Facultad para luego marchar a Montpellier que, por aquel entonces era un centro de mayor reputación, y en donde se gradúa.

Doctorado en 1807, regresa a sus lares, pues sufre la atracción de sus dunas, de los arenales áridos con que sueña; como también con las cálidas tierras que le encantan; tierras ardientes vecinas al mar océano, salvaje naturaleza que lo conduce hacia interrogantes audaces, despertando al máximo su interés, y llevándole por los cauces filosóficos primero, que habrían de servirle de punto de arranque para futuras inquietudes sanitarias; tal vez por que en la higiene encontrara el medio de limar las asperezas, aristas, y bordes de aquella naturaleza amada, pero cuyos defectos y fallos en su forma de ser vivida para la época, había de aspirar a vencer y dominar; a resolver, sacando de los fenómenos que su observación ponía de relieve, nada menos que la teoría microbiana.

De tal manera que, cinco años después de su graduación comunicaba a la Sociedad de Medicina de Burdeos el primer caso conocido de trasmisión al hombre del muermo, enfermedad habitual en el caballo.

Y algo más tarde, frente a una pobre idiota parálitica presentando escamas en las manos y pies, con lengua hendida, y

diarrea crónica; y al volver a observar meses después casos similares que descubriera en pastores y labriegos mal comidos y peor aseados, hace una descripción acertada y justa de la enfermedad, alertando a los poderes públicos contra aquella mortífera y desconocida entidad morbosa, en Francia (1).

Los profesores de Burdeos estudian y concluyen que aquella enfermedad es la Pelagra, llamada de Lombardia y no observada en el país hasta entonces, y descubierta por tanto por Hameau quien primero le describiera en su patria.

Landouzy el clínico de universal renombre decía años más tarde a este respecto: "Que un médico de hospital encuentre en-

(1) La enfermedad que el Doctor Hameau fuera el primero en descubrir en Francia, era la Pelagra; nombre que le fué dado por los campesinos lombardos.

Pero mucho antes, desde el año 1730, había sido ya observada, estudiada y descrita, por el médico español Gaspar Casal, que ejercía su profesión en la región de Asturias; por lo que también fué conocida con el nombre de Mal de las Asturias o Lepra Asturiensis. Su descubridor, sin embargo, la designó con el de Mal de la Rosa, llegando en sus conclusiones a aproximarse tanto al concepto que en la actualidad se tiene de ella que, ya aseguró entonces, tratábase de una enfermedad por carencia.

Veinte años después de las observaciones de Casal y, en el momento aproximado en que Thiery —quien había estado en España acompañando al Duque de Duras, Embajador de Luis XV, y relacionándose con aquel— la daba a conocer, un médico de los Estados Venecianos, Antonio Pujati, señalaba que en algunos pueblos del Distrito de Feltre, se había presentado una enfermedad, de la que ningún autor había hablado, y llamando su atención, la marcha insidiosa y la gravedad de sus consecuencias, terminó por darle la denominación de Escorbuto Alpino. Con lo que venía a confirmar la idea primitiva y perdurable —como se ha demostrado— en el tiempo, del modesto médico de Oviedo.

En 1771, Francesco Frapolli, médico de los hospitales de Milán, extrañado de los progresos que hacía la enfermedad conocida por Pelagra, en Lombardia y, estudiando los casos numerosos que le fué factible encontrar llegó a la conclusión de que, el Mal de la Rosa de Casal, El Escorbuto Alpino Veneciano, el llamado Salso de los contornos de Pádua y, la Pelagra Lombarda eran la misma y única entidad.

De cualquier forma, y pese a los avances que de ella había dado a conocer Thiery en Francia, es indudable que el Doctor Hameau, el precursor de Pasteur, fué el primero que hubo de descubrirla, estudiarla y describirla en su País; añadiendo un nombre a la ya numerosa nomenclatura: el de "Maladie de la Teste, de Hameau".



Dr. Déclat

fermedades nuevas es natural con tantos medios a su alcance, pero que un simple médico rural solo y aislado sin medios y entre grandes dificultades a todas luces evidentes, las encuentre gracias a una delicada y atenta observación, y con una claridad suma además describa una tan compleja afección como es la pelagra, me choca, me sorprende, y me confunde; porque es que allí hay oculta una gloria médica y, se hace preciso perpetuar su memoria”.

Luego, inicia la idea de levantarle un monumento, bien en Burdeos o en su propio pueblo.

Pero la iniciativa quedó solo en eso por los momentos; de cualquier modo sus méritos, tampoco se habían revelado en toda su plenitud, pues que aun no eran bastante conocidas sus ideas precursoras de la época y hechos del químico Luis Pasteur; sin embargo, el Consejo de Higiene y Salubridad de La Gironda, y sintiendo no disponer de otra recompensa mejor, le concedió una gran medalla de oro.

En efecto, su obra capital aparece para el año 1847, como consecuencia de sus trabajos comenzados el año 1836; y es para el de 1843 cuando publica parte de ellos en la “Revue Medical de Cayol”, dirigiéndose a la Academia de Medicina. Ahora bien, esta no fija su atención sobre lo escrito, por Mameau hasta el año 1850 en el que, retransmitida la memoria a una comisión, después de haberla hecho dormir por espacio de siete años, el 22 de Octubre el relator M. Londe escribe a nuestro hombre:

“He encontrado muy envuelta y muy guardada una memoria que lleva vuestro nombre y que parece ser me ha sido enviada hace siete años; su título: “Reflexiones sobre los virus”. La he leído y me ha parecido extremadamente importante, de un gran interés, hasta el punto de que, desde hace veinte años, no había sido tan vivamente impresionado por otra obra médica. Ella interpreta hechos hasta ahora inexplicables y abre un nuevo horizonte a la etiología y a la terapéutica de muchas enfermedades terribles mostrando el sólo camino que debe seguirse desde ahora para librar a la humanidad de ellas”.

Y la Academia decide consecuentemente: enviarle una carta de gracias e inscribir su nombre entre los candidatos a las plazas de Correspondientes Nacionales.

Lamentablemente su teoría, que era la de la existencia de gérmenes vivos productores de enfermedades virulentas, no tuvo adeptos entonces, y los comentarios fueron los de que, aquella teoría no podía sostenerse en pie, si no a la ayuda de hipótesis, cuya legitimidad era más que sospechosa y había de ser dirigida más a la fe que a la razón.

Sin embargo y pese a todo, en 1884 un joven agregado de Burdeos, M. Solles llegó a expresarse de este modo, en una charla pronunciada sobre las enfermedades microbianas: "En su estudio sobre los virus, Hameau habla de la incubación y de la multiplicación de estos virus actuando a la manera de los animales o de las plantas, como lo podría hacer en nuestros días un discípulo de Pasteur. Un buen microscopio, un buen laboratorio menos bien montado que el del Colegio de Francia y, nuestro sagaz y modesto médico de la Teste sería una de nuestras más puras glorias. Hameau es un precursor cuyo nombre debe quedar inmortal en los fastos de la Medicina".

Más el reconocimiento de su alto valer, no fué realizado en toda su extensión, ni revelado en toda su grandeza, sino en el año 1895, en que su hijo, para dicha fecha, Vicepresidente de la Asociación General de Médicos de Francia, considerando un deber reimprimir la memoria de su padre, comunica sus proyectos al Profesor Grancher —de eterno y glorioso recuerdo por la obra infantil que lleva su nombre— quien le anima, y en el prólogo que él mismo escribiera para su edición, llama la atención del mundo médico, proclamando que Hameau es un verdadero precursor, y que su doctrina, es la que triunfando estaba en aquellos momentos.

"El estudio sobre los virus me es suficiente —añade el Profesor Grancher—, para afirmar que Jean Hameau, sabía más sobre la medicina etiológica que toda la Facultad de sus tiempos; y si Mr. Pasteur hubiera conocido este trabajo, no hubiera dejado de citarle como precursor suyo. Sí, él fué un precursor científico, quiero decir, guiado por la observación de los hechos que le rodeaban, del enfermo, y de las enfermedades".

Prefacio este, del insigne fisiólogo, pediatra y sociólogo original que, fué el espaldarazo al ya muerto precursor; y que habiendo tenido favorable acogida, cristalizó unos años después, el

1899, en el monumento que a su memoria fuera levantado en una encantadora plazuelita de su villa natal.

Jean Hameau sentado, la mano izquierda apoyada en las rodillas, y el brazo derecho sobre varios gruesos libros, parece meditar acerca de lo que fuera su idea y su razón de vida: más que idea en verdad, mas que aislado pensamiento, fué semilla, y fué germen; pero en tiempo precoz, la sementera.

Así le hemos vistos nosotros, en su pedestal de bronce, un día en el que, desde Arcachon donde pasabamos una temporada, llegamos a Teste durante una Jira.

El otro precursor del que nos vamos a ocupar, también compatriota de Pasteur, es el Doctor Déclat; quien además se había de anticipar a Lister en la aplicación del ácido fénico en Medicina.

El Doctor Déclat nació en Niza, habiendo tenido que hacer sus estudios como becario y, teniendo que actuar de preparador de física y química para poder seguir pagándose los; y logrando una vez terminados estos, ser nombrado profesor suplente en Orleans, en donde su patria le hubo de tomar como soldado, enviándole a Estrasburgo, ciudad que en aquellos momentos, 1849, poseía la Escuela de Sanidad Militar.

Esto le había de servir para que sus gustos se revelaran, y tal vez con ello, incluso fuera decidido su porvenir; ya que fué allí donde hubo de dar comienzo a sus investigaciones médicas que a partir de entonces y, desde luego ya sin interrupción, habían de constituir la pasión de su vida.

Abierto un concurso general para reclutar alumnos de cirugía el joven Déclat se presentó, siendo elegido para el primer puesto entre los quinientos concurrentes; triunfo que hubo de valerle su designación por el ilustre Doctor Sedillot —gran cirujano castrense— como primer ayudante repetidor. De allí pasa a París poco después para trabajar en *Val de Grace*, donde también era profesor el Doctor Sedillot su maestro; y entrando por lo tanto en relación con los más renombrados prácticos de los que llegó a ser muy estimado.

De esta época datan sus primeros trabajos sobre las aplicaciones del ácido fénico y sobre la terapéutica de las enfermeda-

des por fermentación. En efecto, entrando en dominio ignorado, más bien inexplorado podría decirse, comienza a experimentar con el ácido fénico.

La primera aplicación pública que hizo de este se remonta al mes de noviembre del año 1861, y la realizó en el hospital de los Hermanos de San Juan de Dios de París, en presencia de los Doctores Gros y Maisonneuve. Hecho, y fecha sobre todo, muy interesante, pues si se consulta cualquier diccionario o enciclopedia de los que corren por el mundo y, en los que cada dato viene a ser poco menos que artículo de fe, sólo encontraremos al buscar la palabra correspondiente al ácido fénico que, el primero que lo aplicó en cirugía con fines terapéuticos fue el Doctor Lister y en el año 1867. Es decir seis años más tarde.

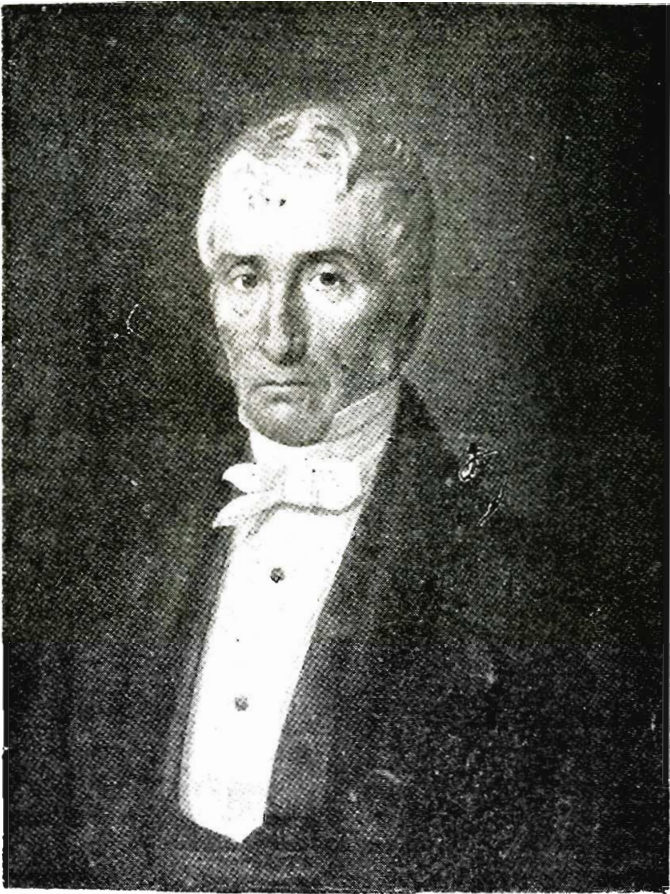
Por cierto que, a partir de 1861, el Doctor Maisonneuve cirujano de los más reputados de su tiempo, no dejó de hacer uso de él, en *L'Hotel-Dieu* uno de los más viejos hospitales de París.

Y que la fecha ha de ser cierta, lo prueba un documento de la Academia de Ciencias que en virtud de una diferencia surgida con un nombrado Lemaire, en oposición al Doctor Déclat, se expresa en estos términos: "M. Déclat —dice el Secretario Peruetuo, que era el sabio Flourens— *ha el primero* utilizado el ácido fénico y, desde 1861, hacía aplicaciones. E incluso señalaba como prueba del éxito, el caso de una gangrena sobrevenida por una fractura de columna vertebral, y **curada por el ácido fénico de una manera verdaderamente milagrosa**".

Lo que significa que, cuando Déclat en el año 1864 comunica a la Academia de Ciencias un gran número de aplicaciones a casos médicos y quirúrgicos del ácido fénico, Lister ni había soñado en usarlo en el tratamiento de las heridas.

Pero a mayor abundamiento, parece ser que su folleto, publicado en 1865 con el título de "Nuevas aplicaciones del ácido fénico en Medicina y Cirugía" reproducción de su Memoria anterior a la Academia, fué muy difundido en el mundo de la ciencia teniendo entre otros muchos destinatarios al Doctor Simpson, quien para la época contaba entre sus discípulos a Lister.

Lo que quizás luego, hizo a Simpson inclinarse por la primacía de Déclat sobre Lister en la aplicación del ácido fénico; hecho que a este, a pesar de ello, hubo de valerle en 1880, el



Dr. Hameau

premio Boudet; si bien le fué denegado el Monthyor que, hubo de ser la recompensa a los trabajos de Déclat como consecuencia del *rapport* presentado por el Proefesor Sedillot.

Entre tanto Pasteur escribía al Doctor Déclat estas palabras, tras de haber comparado: "V. tiene, pués, en efecto, la prioridad, cosa que yo ignoraba".

Y el fundador de la Bacteriología también hubo a la ocasión, de definir su papel de promotor del método antiséptico, cuando presentado a la Academia el 20 de noviembre de 1874, el Tratado del ácido félico del Doctor Déclat, dijo: "No se puede olvidar que Déclat ha sido *el primero* en preconizar el empleo de este precioso agente, y ello constituye una innovación en terapéutica de la que deberá estársele reconocido".

En fin, del propio Doctor Déclat son estas frases:

"Yo voy a hacer una teoría que, no será desgraciadamente todavía un hecho general, ni tan clara como la teoría del péndulo; pero que reposa sin embargo, sobre observaciones numerosas, bastante precisas y, sobre un conjunto de razones bastante bien fundadas, para que se pueda desdeñar el juicio de los espíritus *positivos* que querrían poder condenarla sin examen".

"Ella consiste en esta generalización: que todas las enfermedades contagiosas y todas aquellas que se dicen espontáneas, lo que comprende todas las enfermedades médicas, son debidas a la acción de seres organizados infinitamente pequeños, vegetales o animales, que penetran en los tejidos del hombre, o se fijan en la superficie de su envoltura cutánea, y cumplen en todo o en parte su evolución"

Ideas y palabras que vieron la luz primera en el año 1865, integrando la Introducción de su obra: "Tratado del ácido félico aplicado a la Medicina".

Y que eran seguidas de estas otras, también del más alto interés:

"¿Cómo se introducen en el cuerpo de los animales los parásitos o fermentos mórbidos? Casi siempre, siempre puede ser, al estado de esporos o de gérmenes; luego es infinitamente probable, podría decirse casi evidente que, estos fermentos no actuen sino en el momento en el que entren en la fase o las fases acti-

vas de su existencia; de aquí una incubación variable en duración según las especies . . .”

Por algo Pasteur no desdeñó en dedicarle este sabroso párrafo:

“El Doctor Déclat ha fundado toda una medicina de las enfermedades infecciosas con el empleo de uno de los mejores antisépticos conocidos, el ácido fénico; basándose en esta presunción que el autor dice haberle sido sugerida por mis estudios sobre las fermentaciones, a saber: que las enfermedades que se transmiten son el producto cada una, de un fermento especial, y que la terapéutica médica y quirúrgica debe esforzarse en impedir la penetración de los fermentos llegados del exterior en los líquidos de la economía, o si ya han penetrado, buscar de encontrar los antifermentos que los destruyan”.

Y dirigiéndose a él personalmente en otra ocasión, le dice:

“Yo no se si V. está completamente en lo verdadero, pero si está ciertamente en una gran parte”.

Pero pese a todo ello, el Doctor Déclat murió a fines del siglo pasado en el año 1896 y, su desaparición fué seguida de un gran silencio. Es verdad que hubo de reprochársele el que hubiera convertido su ácido fénico en una especialidad comercial; pero como alguien dijo, tal vez con ello, además de allegarse los medios para vivir —lo que no deja de ser natural— ¿No serviría también para que los pacientes dispusieran de un producto de una pureza más segura y mejor?

Asimismo hubo de combatírsele, pues en sus deseos de generalizar sus teorías y la bondad del ácido fénico, al que trató de convertir en panacea, llegó a preconizar su empleo en forma de fenol glicerinado aplicado hipodérmicamente para tratar el cáncer; pero ¿no ha de tener disculpa el exceso de cariño filial, pues que así se consideran y quieren las propias obras?

Y hemos llegado al fin.

Si las dos figuras que hemos traído aquí como precursores de Pasteur, sus doctrinas y sus descubrimientos; doctrinas y avances que marcaron una Era en la Historia Médica de la Humanidad, han logrado interesaros, esta será nuestra satisfacción y nuestro estímulo mejor para la realización de posteriores trabajos.